

Capítulo II

MANERAS DE VER LA REALIDAD SOCIAL A TRAVÉS DEL PRISMA DE LA CREATIVIDAD

1. CREATIVIDAD Y RESPONSABILIDAD

Hemos analizado nuestros malestares para tratar de comprender su naturaleza más profunda y presentado condiciones de posibilidad para involucrarnos con esperanza, individual y colectiva, en un proceso consciente de transformación social. Ahora quisiéramos presentar y cuestionar un sobreentendido que parece estar bloqueando nuestra capacidad de aceptar y activar este necesario involucramiento. Se trata del sentimiento de impotencia que nos invade y neutraliza y que, frente a nuestra realidad, nos hace pensar: "es terrible pero no podemos hacer nada". ¿Qué es lo que nos hace sentir tan impotentes? ¿Será, quizás, que estamos empapados de paradigmas o imágenes universales que transmiten este único mensaje?

Dos de esos paradigmas son particularmente poderosos. El primero, apela a la imagen del apocalipsis, hoy disfrazado de catástrofe natural, donde una inminente calamidad provocará que nuestras vidas cambien más allá de nuestra imaginación. El segundo, presenta la imagen del eterno retorno, una historia que, inexorablemente, repite patrones en los que el hambre, la pobreza, el calentamiento global y el sufrimiento humano son inevitables y cíclicos, una característica intrínseca de la vida en la tierra. Ambos imaginarios impregnan nuestra cultura y se insertan, sigilosamente, en millares de marcos mentales y emocionales, en conceptos, creencias y orientaciones religiosas, influyendo, desde allí, en el diseño de nuestras visiones sociales, políticas y económicas y en nuestras interpretaciones, decisiones y acciones.

La mayoría de las veces no somos conscientes del poder de orientación y definición que ejercen sobre nosotros, pero todos sentimos el alivio que los paradigmas proporcionan. Porque, las imágenes pueden parecer trascendentes, pero el efecto que producen es, en esencia, completamente profano: nos liberan de la obligación de responder a la realidad que hemos creado. Estas imágenes abren un abismo entre nosotros y nuestro hacer, separando las acciones de sus consecuencias. Nos liberan de tener que responderle al planeta y a los demás y nos hacen, en el sentido más cabal del término, irresponsables.

Y, bajo su influjo, ¿por qué hablar de creatividad? ¿Qué se puede esperar de la creatividad, en general, y de las disciplinas artísticas, en particular, cuando el conocimiento de la humanidad, la tecnología, la comunicación planetaria y las redes mundiales no han podido responder a los problemas? Y, además, ¿qué lugar puede caberle a la creatividad cuando nos hemos convencido de que nuestras acciones, no importa cuán imaginativas, serán borradas por las profecías o no pueden compensar repeticiones inevitables y cíclicas? Desde esta mirada no parece posible pensar que, la creatividad y las artes, sean un medio para mejorar el mundo. ¿Hay alguien que lo piense?

Sí, las personas, grupos y organizaciones que se presentan en este libro. Ellos se involucran en procesos creativos y artísticos, se comprometen con la música, la danza, el teatro, la escritura, la pintura, la escultura, la filmación, el diseño y otras disciplinas artísticas como un modo de estar en la vida y responder al mundo y a ellos mismos. Desde distintos enfoques plantean que la expresión artística permite superar la inactividad y la apatía; que las actividades culturales abren el camino a la inclusión social ya que la participación en procesos creativos promueve la construcción de comunidades más inclusivas.

Sus propuestas presentan a la creatividad y a la comunidad interconectadas en un sutil juego de mutuo estímulo, donde la primera nutre la conciencia y la sensibilidad social, facilitando y promoviendo la convivencia y el respeto por la diversidad. Proponen que, participar en procesos artísticos, ayuda a aumentar la cohesión social porque permite, a individuos y colectivos, desarrollar en forma creativa nuevos modelos de convivencia y diálogo intercultural. Confían que por este camino se abren las puertas a aquellos con necesidades especiales y/o en riesgo de exclusión porque consideran que existe un nexo entre creatividad y contención en el sentido de que el trabajo artístico crea condiciones donde las diferencias pueden confluír para que emerja una cultura de aceptación mutua. Los que aparecen en este libro comparten, con otros millones en el mundo, su confianza y convicción de que el trabajo artístico tiene un impacto positivo y lleno de perspectiva sobre los individuos, las instituciones y la comunidad. Todos ellos miran la realidad social a través del prisma de la creatividad y de las condiciones de posibilidad.

Por nuestra parte, creemos que esta confianza y convicción pone a la luz una certeza aún más profunda: la de que los seres humanos tenemos responsabilidad. Una responsabilidad que no

significa nada más que la facultad de responder a la vida por medio de un diálogo creativo entre el mundo que habitamos, la comunidad a la que pertenecemos y nosotros mismos. Si en realidad fuéramos tan impotentes y, en definitiva, tan insignificantes como sugieren los dos paradigmas, hablar de creatividad y participar a través del arte y sus lenguajes para una transformación social no tendría sentido y sería un esfuerzo inútil. Los que piensan de este modo se someten a lo ya dado con resignación sin comprender que, cuando nos negamos a ser creativos, no es sólo nuestra creatividad la que rechazamos sino la de la propia vida.

2. CREATIVIDAD Y TRANSFORMACION

Ya hemos evaluado que en tiempos de transición e incertidumbre, la transformación de la sociedad es una realidad en pleno desarrollo en la que, lo sepamos o no, jugamos un papel clave. Está en nosotros, entonces, elegir dónde ubicarnos, si en el lugar de víctimas o en el de colaboradores de la transformación. En este segundo caso, resulta fundamental comprender que el impulso de la transformación y el despliegue de la creatividad son dos energías inseparables, que se inspiran y nutren mutuamente generando condiciones de posibilidad para una sociedad más plena e integrada. Todos los programas y actividades en torno al arte y la creatividad manifiestan esta relación entre crear y transformar.

Ahora bien, quién reúne a las artes con los procesos de transformación individuales y colectivos, aún si no lo explicita, hace una afirmación fuerte: la de que los impulsos que traen el arte y el trabajo artístico, dinamizan y promueven una transformación. ¿Es así, las artes y sus procesos creativos tienen realmente este poder? Nuestra experiencia nos dice que sí. Por otra parte muchos, que también lo creen, se preguntan si en ese caso, no debería el arte mantenerse libre de las intenciones sociales y las especulaciones de transformación digitada, a fin de que su poder permanezca protegido de intereses de una naturaleza diferente a la de la creación. Este es un debate importante cuyas respuestas dependen no sólo del entendimiento que se tenga sobre el proceso de creación artística sino, también, acerca de las posibilidades de transformación colectiva. Sin duda, todos los que trabajan desde la perspectiva del arte y la transformación social **1**, deben abocarse a este debate y aportar sus reflexiones, experiencias y resultados para enriquecerlo.

Hay, sin embargo, una clarificación útil para favorecer el enfoque del debate y es la de diferenciar entre el valor de estimular la creatividad humana y la posibilidad de generar una obra de arte. Los resultados que surgen por movilizar fuerzas internas de creación no se miden con la misma vara que se usa para juzgar, en base a los cánones del tiempo, una “obra de arte”. Se trata aquí de poner en acción una energía que libera la imaginación y promueve la autoestima, el empoderamiento, el autoconocimiento y los vínculos. Es decir, el poder que le confieren a los procesos creativos quienes trabajan con ellos, no surge tanto de la obra o producción artística que los participantes generan sino, principalmente, del proceso de búsqueda y apertura en el que se involucraron para generarlas. Lo que se valora en la producción artística, entonces, es que ofrece la oportunidad de conectarnos con distintas esferas de nuestra vida para poner la creatividad al servicio de lo que allí ocurre y se discurre.

Y esto nos lleva a una segunda clarificación para el debate y es acerca de cuáles podrían ser algunas de las características que subyacen a esta noción de transformación social a la que hacen referencia este tipo de programas. La primera es que supone una intención. Muchos eventos, avances y situaciones generan una transformación, aunque sea parcial, de la sociedad. Un ejemplo es el teléfono móvil. Es innegable lo que éste invento ha impactado en nuestros hábitos y comportamientos. Sin embargo, su creación no se fundamentó en la idea de que la sociedad podía transformarse hacia un estado de plenitud e integración **3** mayor. Entonces, la intención antes mencionada, se refiere a ésta imagen de plenitud e integración y también a la esperanza de que esto sea posible.

Otra característica es que este campo de intervención lleva a asumir dos desafíos: el primero, mantener la conciencia de que una transformación social está marcada por la incertidumbre para no pretender anticipar cómo será una vez alcanzada. La meta es, en todo caso, dar lugar a una representación compartida y general de un futuro deseable. El segundo, es que si en la búsqueda y desarrollo de procesos vinculados a la transformación no ocurren acciones concretas, esa representación puede quedar despegada de la vida de los participantes, casi como un sueño del momento. Por acciones concretas nos referimos a instancias en las que “se hace visible”, de manera pequeña pero evidente, la experiencia de esa transformación.

Finalmente, una tercera característica es la de que los procesos y programas que se lleven a cabo no pueden ocurrir en espacios cerrados ya que una transformación social supone un

diálogo y un entretrejo entre actores de diferentes campos y espacios para lograr, por medio de una persistente y sostenida tarea, la conformación de una masa crítica de convencidos e involucrados en esta aventura colectiva.

2.1 Tres esferas de nuestra vida

Decíamos antes que los que trabajan con procesos de creación artística, lo hacen porque ven la oportunidad de que las personas puedan vincularse con distintas esferas de su vida poniendo su creatividad al servicio de lo que allí sucede. Aquellos que trabajan con arte y transformación social, inevitablemente, estarán activando, interviniendo y sosteniendo procesos en relación a estas esferas y derramando, sobre ellas, el arco iris de la creatividad. Porque, es en estas esferas donde nuestra identidad y hacer se despliegan, ya que representan los tres campos a partir de los cuales interpretamos y tomamos decisiones en nuestra vida. Si bien nuestros entendimientos son resultado del entrelazamiento entre ellas, cada una tiene sus propias características, fortalezas y debilidades y, es frecuente, que en nuestro devenir no siempre logremos mantener un equilibrio entre sus diferentes y a veces contradictorias demandas, ofertas e influencias.

La primera esfera se compone de la realidad interna de cada persona, la segunda de las realidades y contextos externos y la tercera de las creencias, visiones y valores compartidos por una comunidad. El papel del arte y las actividades artísticas en cada una es diferente, porque los desafíos que plantean son diferentes también. El arte y la creatividad pueden darnos, en relación a estas esferas, autenticidad, acceso a la participación y apertura a las creencias profundas de nuestra propia comunidad y las de otras. Sin embargo, el estímulo para la búsqueda de autenticidad, acceso y apertura es tan sólo una de las caras del poder transformador del arte. La otra es que ayuda a evitar que nos quedemos atascados en una de estas tres esferas. Al examinar cada una de ellas en relación a procesos creativos vemos que estos ofrecen, simultáneamente, una entrada y una salida ya que nos dan tanto el poder de conectarnos con ellas como de dialogar y cuestionarlas.

Primera esfera: *la realidad interior.* El reino de las emociones, sentimientos, sensaciones, y pensamientos. El hogar de nuestra memoria y el hábitat de nuestras intuiciones. Desde esta esfera, nuestras voces interiores nos susurran alentándonos a seguir o interrumpir nuestras

intenciones y acciones. Esta es la tierra de los sueños, ensueños y esperanzas porque es en la subjetividad de cada uno donde residen los entendimientos, convicciones y creencias. Sin embargo sólo conocemos una pequeña porción de esta esfera ya que su inmensidad permanece, en gran parte, oculta a nuestra mente consciente.

Segunda esfera: *la realidad exterior*, es decir, el mundo de los hechos, los sistemas y las estructuras. Esta esfera abarca la totalidad de los fenómenos que nos rodean, incluyendo no sólo los objetos y condiciones materiales sino también los sistemas sociales, políticos, económicos, culturales y científicos que se han fijado en modelos de operación y organización. Es el conjunto de lo observable y mensurable. En esta esfera nos movemos de acuerdo a criterios y categorías conocibles y objetivables que no dependen de nuestros sentimientos y preferencias sino de eventos externos.

Tercera esfera: *la de las visiones y valores colectivos*. Aquí es el reino donde las sociedades, sectores y comunidades religiosas plasman sus visiones y valores. Es donde encontramos las imágenes colectivas más profundamente arraigadas, acerca del universo, la vida y los seres humanos. En este ámbito anidan las interpretaciones y respuestas que producen las comunidades hacia sus realidades. Es en esta esfera donde, por ejemplo, los amigos se unen por sus afinidades, las congregaciones por su fe compartida, la gente en las instituciones por su entendimiento de la tarea en común y donde las comunidades fundamentan su identidad histórica y cultural.

Veamos ahora cómo la creatividad y las disciplinas y procesos artísticos pueden contribuir de manera particular con los contenidos y procesos de estas tres esferas.

El arte de encontrarse con uno mismo. En búsqueda de la autenticidad: Hoy en día, muchos, aún estando libres de preocupaciones por su bienestar personal sienten, sin saber por qué, una tristeza profunda por estar fuera de contacto con sus emociones, sentimientos, deseos e intuiciones. Mientras otros, que viven en condiciones de exclusión y/o tienen necesidades especiales, sufren también una tristeza profunda porque sienten que, para ellos, los sueños son un lujo peligroso, las visiones una extravagancia y la esperanza una enfermedad mortal. En estos casos, los procesos creativos y las actividades artísticas representan una manera de volver a ponerse en contacto con las propias visiones, sueños y esperanzas, un vehículo idóneo para recuperar el vínculo cuando la conexión se ha vuelto débil o se ha perdido. En

este sentido, movilizar la creatividad es buscar que emerja la interioridad. Y de ello nos hablan los autores y autoras que escriben sobre la intervención con diferentes colectivos en el capítulo 5 de este libro; y los y las profesionales que participan en las experiencias que se detallan en el capítulo 6.

Aquí el trabajo artístico no se enfoca tanto en tener ideas artísticas y luego darles una forma particular sino en crear condiciones para que sentimientos, intuiciones, pensamientos y creencias salgan a la luz por medio de un nuevo soporte y un nuevo lenguaje que les otorga voz. Escuchar, y tener en cuenta, nuestra interioridad nos da la posibilidad de mantenernos fieles a nosotros mismos. Así, a medida que accedemos y abrazamos nuestros lados conocidos y desconocidos, luminosos y sombríos, nos vamos desplegando. Estar en la vida orientados por las voces interiores asegura nuestra autenticidad.

Sin embargo, a veces, esta conectividad puede crecer tanto que ya no queda espacio para considerar otra cosa más que nuestra interioridad. Lo que sentimos, entendemos e intuimos se convierte en la única referencia de autoridad. Las respuestas, fieles a nosotros mismos, surgen con tanta rapidez que las consideramos, automáticamente, "verdaderas" y "apropiadas". En este caso, el trabajo artístico puede ayudarnos a obtener una distancia renovada. Porque el arte no es sólo una manera de manifestar la interioridad, sino también de entrar en diálogo con ella. Este diálogo es muy valioso, por ejemplo, cuando se ha entrado en procesos de volver, una y otra vez, a un trauma o sufrimiento del pasado. Los lenguajes simbólicos del arte pueden ayudar a crear espacios internos en los cuales estos patrones, y las energías contradictorias que representan, puedan ser reconocidos.

El arte de involucrarse. En búsqueda de acceso: Para la gran mayoría en el planeta, la realidad externa no sólo es poco satisfactoria, sino también amenazante, dolorosa y agobiante. Muchos viven en contextos caracterizados por la escasez de recursos y la falta de oportunidades para acceder al bienestar físico, emocional y mental. En un extremo de carencia, la consecuencia puede ser que los que la padecen ni siquiera tengan fuerza o confianza para participar en procesos de diseño e implementación de programas encaminados a cambiar sus condiciones. En estas circunstancias, y otras en las que la gente se siente desvinculada de la vida social y excluida de los espacios de participación, las actividades artísticas pueden ayudar a establecer condiciones de involucramiento en procesos tangibles.

Aquí, el lenguaje simbólico y la creación colectiva invitan a la participación de todos sin importar los conocimientos formales, la pertenencia social, la edad, el género, la religión o cualquier otra característica que, aunque no dice nada sobre la calidad de la persona, puede mantenerla aislada. Así mismo los procesos creativos pueden constituir un vehículo para proporcionar enseñanzas que, aunque vinculadas a la producción artística, transmiten nociones que van más allá de este campo específico.

El arte de pertenecer. En búsqueda de la apertura: Las visiones y valores colectivos crean un fuerte sentido de pertenencia, sobre todo, las referidas a los niveles más trascendentes de nuestra vida. A través de ellas nos convertimos en parte constitutiva de algo mayor. Es precisamente por esa razón que los entendimientos compartidos son tan difíciles de cuestionar. De hacerlo, no sólo corremos el riesgo de inquietar o enojar a nuestra comunidad, también ponemos en peligro nuestra pertenencia a ella. Así, pertenencia y creencias compartidas vienen de la mano y son difíciles de separar. Este vínculo poderoso es lo que proporciona cohesión social, coherencia y estabilidad a las comunidades. Su desafío mayor radica en que este vínculo, muchas veces, se vuelve un requisito para ser aceptado, forzando a las personas a ajustar sus puntos de vista a las interpretaciones colectivas con el fin de seguir siendo miembro del grupo.

Si bien las visiones y valores de una comunidad se capturan en sus estructuras, instituciones, constituciones, normas y otros marcos conceptuales, muchas veces su verdadera esencia escapa a la representación hecha por lenguajes puramente racionales o formales. En este caso, las actividades artísticas pueden ayudar a que las creencias no se encripten en un compartimento estanco recapturando su espíritu más esencial. La aproximación a estas creencias por medio de un lenguaje simbólico abre acceso a imágenes vitales, profundas y de carácter arquetípico. En este sentido, los procesos creativos son tanto un modo de expresión como uno de descubrimiento. Así mismo pueden contribuir a darnos acceso a las creencias, visiones y valores de otras comunidades y descubrir las similitudes que existen entre el espíritu de nuestras creencias y el de otros.

El arte de entretener. En búsqueda de la integración: Hemos visto cómo las actividades artísticas son un modo de contribuir a la transformación de individuos y comunidades por

medio de la apertura e involucramiento con sus realidades internas, externas y sus creencias. Sin embargo, quizás, el papel más vital que pueden cumplir es el de vincular estas tres esferas entre sí. De hecho, la creciente disociación entre ellas es uno de los mayores obstáculos que tenemos para resolver nuestros problemas. Este quiebre entre las emociones, los hechos tangibles y las diferentes creencias, es una de las razones centrales por la cual nos encontramos tan paralizados frente a las consecuencias de nuestro hacer.

Para muchos, la vida ha pasado a ser una serie de segmentos separados en donde, en cada caso, el norte y la referencia emanan de una sola de las esferas en forma exclusiva. Así, en el curso de un día, se mueven entre estos segmentos sin, casi ya, percibir la falta de coherencia. El padre amoroso y dedicado es también un empresario que contamina sin culpa o discrimina a los inmigrantes. La médica que salva vidas es una madre ausente y un miembro pasivo de su sociedad. El líder de los derechos humanos es un jefe cruel y evade sus impuestos.

Es nuestra experiencia que el compromiso con el arte despierta y libera la fuerza necesaria para la reconstrucción de la conexión y congruencia entre las tres esferas, vinculando el espíritu de las personas, los anhelos de la comunidad y el mundo que compartimos. No nos referimos a una reconexión que imaginamos y adjudicamos al hombre primitivo “holístico” y “puro” sino a un nuevo modo de conexión, uno que emerge y responde a lo que hoy somos y sabemos. También creemos que la producción creativa no es sólo uno de los más poderosos vehículos para deshacer la disociación de las esferas sino también una forma de combatir el sometimiento unívoco a ellas ayudándonos a deshacer patrones, cambiar lógicas y empezar a transformarnos individual y colectivamente.

3. DIMENSIONES DEL TRABAJO CON EL ARTE Y LA CREATIVIDAD

Entonces, hay una intención hacia la transformación y, respecto de ella, hay una forma de mirar y hacer que derrama creatividad sobre las esferas de la vida por medio de lenguajes simbólicos, procesos artísticos y producciones colectivas que favorecen la búsqueda, el acceso, la participación y el diálogo. Y todo esto forma parte de la intervención social. Proponemos ahora una reflexión sobre estos programas que colabore para identificar las dimensiones, es decir las formas y alcance, que pueden tener y para captar algunos matices y estadios en este camino hacia la transformación social.

En primer lugar decimos que, la naturaleza del lenguaje simbólico, junto con la variedad de enfoques, disciplinas, actividades creativas, acciones complementarias y puentes con otros campos y sectores de estos programas, no facilitan la identificación de criterios que puedan considerarse transversales a todos o a la mayoría de ellos. Si separamos los dos ejes, arte y transformación social, resulta más sencillo acordar, para cada uno, una espiral de evolución o secuencia de profundización con metas y resultados sucesivos, identificables e insertos en una lógica de expansión capturable. Al combinarlos y, en cierto modo, poner los procesos creativos y artísticos al servicio de los de la transformación, la posibilidad de pensarlos de modo integral y de articular los dos espirales de evolución se convierte en un desafío distinto, uno en sí mismo y de alta complejidad.

Sin embargo, resultaría de gran utilidad encontrar algunos criterios y parámetros transversales que contribuyan a la reflexión sobre este tipo de trabajo, el diseño de programas y el establecimiento de redes **3** y alianzas en torno a ellos. Es una tarea multidisciplinaria que aún se está desarrollando. Mientras tanto, quisiéramos presentar aquí un modo posible de agrupar los distintos enfoques, programas y actividades que surge de nuestras observaciones y participaciones en este campo. En principio, creemos que es posible agruparlos en dos grandes dimensiones: 1) la del trabajo para transformar lo existente y lo emergente y 2) la del trabajo para generar nuevas visiones, espacios y posibilidades.

Primera dimensión: *transformar lo existente y emergente.* Ya sea que se trate de un trabajo al servicio de la realidad interna, externa o de las creencias y valores, ubicamos aquí a todos los programas y acciones que se conciben *a partir de las condiciones* existentes, o emergentes pero ya reconocibles, de personas y grupos. La esencia de este enfoque es que algo, en *esas* condiciones, se puede transformar y/o florecer. Los programas artísticos en esta dimensión pueden abarcar iniciativas que van desde acciones que aportan estabilidad o consuelo en situaciones marcadas por la carencia y el dolor, hasta acciones y procesos que generan nuevas y mejores condiciones de vida en el contexto de los participantes. En esta dimensión, los proyectos y programas buscan tanto mejorar las condiciones como cambiarlas, transformando las mentalidades y patrones de comportamiento que las generan.

La base primera de esta dimensión se constituye, normalmente, por la oferta de aprendizaje de disciplinas artísticas, la realización de acciones artísticas y espectáculos colectivos y la

asociación de la producción artística a procesos de planificación, organización y participación colectiva. Esta plataforma de operación suele generar resultados visibles y satisfactorios que, aún cuando parecen limitados en su alcance para la transformación social, tienen efectos muy importantes porque constituyen la semilla de un deseo y posibilidad de cambio mucho mayor. A menudo, este es el enfoque inicial de una organización, y la tangibilidad de sus efectos suele ser el motor que impulsa el deseo de profundizar el programa y ampliar sus fronteras. Así mismo los programas desarrollados van conformando la legitimidad de una institución para ampliar su horizonte de acción.

A su vez, esta primera base, enfocada en el aquí y ahora, es la plataforma sobre la cual empezar a trabajar con las razones subyacentes a los problemas y dificultades que las personas y comunidades involucradas padecen. En este segundo caso, a las actividades artísticas se le agregan otras dos: la *reflexión* y la *acción en otros campos*. De este modo se produce una nutrición mutua entre lenguaje simbólico, entendimiento conceptual y protagonismo en la propia vida. Y, esta profundización del enfoque, podría considerarse un segundo estadio en el camino de los procesos para la transformación social.

Al integrar la reflexión como parte de la oferta, las instituciones asumen una tarea diferente a la del campo artístico que requiere de la capacidad de explorar y comprender las causas que crean esas condiciones y, adaptar o crear nuevas actividades creativas en función de ellas. Por su parte, al incorporar acciones que ofrezcan un protagonismo que empodere, las organizaciones asumen tareas organizativas y de acompañamiento técnico que requieren de una importante incorporación de recursos y conocimientos de naturaleza distinta a la artística. Consideramos, entonces, que es un segundo estadio porque la reflexión y las acciones amplían el entendimiento del entretejido donde lo “social” ocurre.

A su vez, queremos destacar que, respecto de la reflexión, surge la necesidad de tener un manejo pertinente de procesos de evaluación e interpretación de la complejidad que conforma el contexto en el que se desarrolla el trabajo. Aquí, y dependiendo de la naturaleza de los problemas, hay dos orientaciones posibles para la reflexión. La primera se lleva a cabo sobre los participantes y sus propias limitaciones y obstáculos para desplegarse, y la segunda sobre las limitaciones y obstáculos de la propia comunidad o sociedad a la que pertenecen. Por ejemplo, en un grupo de recuperación de adicciones, la reflexión y el trabajo artístico se conjugan para empoderar a los participantes en su proceso de curación. En cambio, en una

comunidad con personas inmigrantes, la reflexión y el trabajo artístico deben incluir el entendimiento acerca de las problemáticas sociales, políticas y económicas que generan ese contexto y que van mucho más allá de esa comunidad en particular.

Respecto de las acciones que permiten el desarrollo del protagonismo, aparece la necesidad de articularlas con las acciones de naturaleza artística pero diferenciándolas con claridad. Aquí, por ejemplo, caben todas las acciones referidas a la creación y coordinación de los espacios de trabajo, la articulación con otras instituciones y sectores, la búsqueda y generación de recursos económicos y operativos y la promoción y participación en debates y reflexiones sobre la temática.

Esta primera dimensión, entonces, se caracteriza por definir su forma y alcance a partir de las condiciones existentes y emergentes del contexto. Sin embargo, lo que hemos visto en muchas oportunidades es que, si bien los procesos creativos y el contexto en donde se realizan sí representan marcos acotados y definidos, el proceso de expansión y profundización, inevitablemente, lleva a las instituciones a ampliar estos marcos y diluir sus fronteras. Un ejemplo de esto es cuando, las instituciones, empiezan a promover, demandar o involucrarse en procesos referidos a políticas públicas en su campo de acción. Junto con este ejemplo podemos mencionar otros dos procesos de similar impacto: el intercambio de prácticas entre instituciones que pertenecen a distintos contextos y el diálogo entre procesos creativos del campo social y los que emergen de la cultura oficial o establecida y de la academia.

En definitiva nos referimos a cualquier proceso que, por combinar espacios, sectores, realidades y prácticas, modifica de una manera profunda la mirada que se ha estado volcando sobre el arte y los procesos creativos para la transformación. A partir de allí, empiezan a diferenciarse dos líneas o perspectivas de trabajo. La primera sigue vinculada al contexto, la segunda empieza a perforar las barreras mentales y emocionales que nos bloquean, para explorar y habilitar espacios superadores de los contextos y que acceden al universo del imaginario colectivo porque tocan nuestra esencia compartida. El trabajo ya no es transformar sino generar condiciones de posibilidad para la transformación, ya no se enfoca en un contexto dado sino que forja espacios nuevos y ya no se define por lo que hay que hacer sino por lo que, quizás, podríamos ser.

Segunda dimensión: *crear nuevas visiones, espacios y posibilidades para transformarse.*

Aquí, la energía creativa reside en descubrir modos de promover y alcanzar un estado futuro de mayor bienestar y plenitud. El enfoque, por eso, no es a partir de las condiciones y patrones de comportamientos actuales sino *a partir* del deseo de imaginar un mundo mejor y más pleno. El empleo de las actividades artísticas, entonces, está al servicio de dos impulsos. El primero, capturar sueños y articular imágenes del corazón y la mente sobre un mundo diferente y mejor. No se trata, claro, de imágenes detalladas en términos del hacer, pero sí del ser. Estas opciones de respuesta a la vida, a medida que se describen y nombran, comienzan a convertirse en ideas rectoras. La creatividad es el vehículo para imaginar de manera amplia el mañana y las disciplinas artísticas son una forma de empezar a diseñar los planos simbólicos de nuestro futuro.

El segundo impulso es el de creación de esperanza. Aquí, las energías creativas se enfocan en generar perspectivas colectivas que entrelacen y, al mismo tiempo, superen los puntos de vista, esperanzas, deseos y necesidades particulares. El verdadero desafío en este trabajo es el de que la creatividad no se enfoque en establecer o representar las diferencias entre mañana y el mundo de hoy, sino en amalgamar la diversidad de visiones presentes al servicio de una nueva visión. En esta dimensión, entonces, los procesos creativos y las intervenciones artísticas buscan la activación de la imaginación humana, la de la facultad de soñar y tener esperanza y para ello utilizan, como materia prima, el lenguaje y las acciones metafóricas.

Quisiéramos dar un ejemplo de a qué nos referimos con lenguaje y acciones metafóricas que, aunque no se basa en el uso de disciplinas artísticas representa un ejemplo paradigmático del arte de producir metáforas transformadoras. Nos referimos a la marcha del Mahatma Gandhi hacia el mar en busca de sal. Fueron veinticuatro días de caminata para cubrir 400 kilómetros, en los que miles de personas se fueron sumando en un avance pacífico sobre las ramas verdes que otros miles fueron poniendo para señalar el camino que atravesarían. Al llegar al mar, Gandhi entró solo, tomó un puñado de sal y dijo: “la sal no nos la dan los ingleses, nos la da el mar”.

Es posible adjudicar a esta frase un significado literal y contextual, un mensaje de resistencia específico a un impuesto abusivo y a las restricciones que los ingleses ponían a la India. En realidad, el mensaje que atravesó el alma de todos y les dio fuerza para lograr, en apenas tres

años, su independencia fue de tal riqueza y fuerza aglutinante que es difícil de capturar. “Podemos hacerlo”, “pertenece a la vida y sus leyes están más allá de la dominación de unos sobre otros”, “lo único que necesitamos para ser libres es lo esencial y eso ya nos pertenece” todas ideas rectoras que emanan de la frase original. Metáforas como “La sal nos la da el mar” o “yo tengo un sueño”, ocupan un lugar paradigmático en la búsqueda de la transformación social y ofrecen una prueba contundente del poder de lo simbólico sobre nosotros para lograr transformarnos.

4. DESAFIOS

Decíamos en el primer capítulo que millones de personas en el mundo participan de programas de arte y transformación social a partir de tres premisas: la de que el campo social es un espacio nuevo de protagonismo, la de que podemos proponernos y generar cambios en y desde los individuos y colectivos y la de que el arte y la creatividad tienen el poder de transformar nuestras miradas. En este segundo capítulo hemos presentado las esferas donde la creatividad y las actividades artísticas pueden contribuir con la transformación y también dos dimensiones o perspectivas de trabajo para este campo. Quisiéramos plantear ahora algunos desafíos que surgen al trabajar con cuatro rasgos inherentes al ser humano como son la identidad, la búsqueda de autonomía, la memoria y la adhesión a visiones y valores. El foco de nuestro análisis está puesto en presentar algunos riesgos que pueden surgir por la naturaleza del propio trabajo y por el hecho de estar operando a partir de la interioridad de las personas y con sus valores y creencias colectivas.

4.1 La identidad

Las actividades artísticas pueden ser una guía muy poderosa en el camino de explorar, descubrir, cultivar y desarrollar la identidad de una persona o una comunidad. Para llevar a cabo este trabajo, sin embargo, hace falta resistir a un patrón en el que todos caemos a menudo. El de creer que la identidad de una persona o una comunidad es un lugar fijo, una posición inmóvil. Los estereotipos culturales son ejemplo de esas fijaciones. Esta percepción de inmovilidad impide que se genere un diálogo creador entre las realidades interiores y

exteriores para que así emerjan nuevas comprensiones que nos lleven a otro nivel de conciencia. La aclaración, entonces, busca agregar la noción de *conciencia* como un parámetro mayor y más conducente para aquellos cuyo trabajo se centra en el despliegue y desarrollo de la identidad de los participantes.

La oferta de utilizar las tres esferas para evaluar el trabajo en el campo del arte y la transformación consiste en que, a medida que se profundiza el diálogo creador entre ellas surge la posibilidad, no solo de desplegar la identidad sino también de liberarla de las fijaciones en las que ha quedado atrapada. Para que esto pueda ocurrir es crucial que desde el principio se trabaje a partir de dos preguntas guía: ¿Quiénes somos? y ¿con qué nos estamos identificando? Esta segunda pregunta es la que ofrece el verdadero puente hacia la realidad exterior y hacia los demás. Es por ello una pregunta relacional.

En efecto, una persona o comunidad que se involucra en procesos creativos que fortalecen y despliegan su identidad desde esta segunda perspectiva puede salir de la oscuridad en la que lo había colocado la exclusión para pasar a ser visto, oído, sentido, y registrado por los demás. No hay duda de que el trabajo creativo puede marcar una verdadera diferencia en el modo en que las personas y las comunidades son tratadas para dejar de ser consideradas factores, porcentajes, beneficiarios anónimos o recursos. La mayoría de los programas que se desarrollan en espacios protegidos y acotados logran mantener este balance entre el despliegue de la propia identidad y la liberación de las posiciones fijadas. En cambio, los programas que, además de trabajar con cada una de las personas se propone procesos colectivos o la transformación social, necesitan desarrollar mecanismos conscientes para respetar siempre la frontera entre el aspecto íntimo y privado del proceso y el aspecto colectivo del mismo. En este tipo de programas, trabajar para permitir que otros desplieguen su identidad tiene importantes riesgos y retos.

Lo que planteamos es que, si bien esta doble meta puede generar círculos altamente virtuosos, también puede caer en círculos viciosos. El primero es el que ocurre completamente dentro de la esfera de lo íntimo ya que la línea entre promover el despliegue de la identidad y definir un “deber ser” de la identidad, es muy fina y delicada. Así, algunos programas, tienen una noción a priori de lo que anida en la realidad interior de las personas a quienes están destinados y, en vez de generar instancias que habiliten la exploración de lo propio, ofrecen acciones que

llevan implícita esa identidad estereotipada. En estos casos, la invitación original a asumir la libertad de ser quién uno es, se convierte en el mandato de encajar en el estereotipo.

El segundo se produce al intentar vincular la esfera íntima con la esfera de los valores y creencias colectivas. Aquí algunos programas asocian a tal punto el despliegue de la identidad personal con el de la identidad colectiva, que generan un modelo de trabajo donde la primera queda al servicio de la segunda. Quisiéramos explicarlo con una imagen. En este modelo, la identidad personal se percibe como un instrumento musical que debe incorporarse a una orquesta. Para que esto suceda, está claro que cada instrumento debe desarrollar su propia voz pero también que tiene la obligación de adecuarla para que pueda participar en la orquesta. La imagen es bien intencionada pero en vez de poner foco en la singularidad de cada uno, lo pone en el lugar que debe ocupar dentro del conjunto. Ser capaces de responder y entrelazarnos con los demás es fuente de alegría y bienestar y, sin duda, parte de nuestra identidad y de lo que somos. Pero no es todo lo que somos. Aquí es importante recordar que participar activamente en procesos creativos, debe servir para comprender que no sólo somos un instrumento musical sino también la música y, sobre todo, los compositores.

El tercero ocurre al vincular la esfera de la realidad interior con la de la realidad exterior. En este caso, algunos programas, mientras llevan a cabo acciones que, realmente, contribuyen con el desarrollo personal, también las combinan con acciones que buscan impactar en la realidad exterior por medio de mensajes aleccionadores que requieren de la exposición de la identidad de los participantes. Esta exposición puede llevar a las personas a tener que sostener los rasgos de marginación y aislamiento que provocaron, en primer lugar, el programa. Aquí, nuevamente, aparece una línea delgada que hay que saber manejar. Es la que separa la libre elección de compartir la propia historia y dificultades, de la exhibición forzada y, muchas veces también estereotipada, de las limitaciones y dolores que se padecen o han padecido.

4.2 La autonomía

Uno de los resultados más extraordinarios y satisfactorios en este campo de trabajo llega cuando aquellos involucrados, que al comienzo se encontraban vulnerables, resignados, sometidos o quebrados, empiezan a manifestar una nueva autonomía en sus miradas, decisiones y acciones. Nos referimos por autonomía a una condición de suficiente

independencia para evaluar situaciones, interpretar hechos y actuar para adherir o resistir a planteamientos y situaciones de índole filosófica, ideológica o pragmática. A su vez, consideramos que esta condición de independencia se relaciona con dos impulsos naturales: el de conservar la propia individualidad y el de lograr integrarnos, es decir ser parte o pertenecer a una instancia mayor.

La autonomía, entonces, hace referencia a un modo de estar en el mundo como resultado de un proceso sostenido de experiencias, reflexión, evolución y compromiso con uno mismo. Es este proceso es el que nos permite asumir responsabilidades frente a los vínculos y actividades. A mayor autonomía más libre y auténtica la responsabilidad que se toma y a menor autonomía menos libre y auténtica pareciéndose más al cumplimiento y al sometimiento. Así, el grado de autonomía y responsabilidad que tenemos y asumimos se plasma en las decisiones que tomamos.

¿Y dónde reside la autonomía? En la realidad interior de una persona, el espacio donde el individuo, aún en condiciones externas extremas, puede sentirse soberano y protegido del determinismo que imponen los contextos y las creencias y convicciones colectivas. En este sentido, en la medida en que es nuestra subjetividad lo que nos permite nuestra autonomía es posible decir que la conexión con la propia interioridad es un requisito clave para alcanzarla. Cuando los procesos creativos y las actividades artísticas fomentan este acceso ayudan a fortalecer en las personas en su autoestima e independencia interna.

El mayor reto para este aspecto es lograr que los programas y acciones ofrezcan tanto actividades que den acceso a la propia interioridad como actividades que estimulen una mirada abierta y desafiante sobre ella. Está claro que ayudar al despliegue de una identidad debilitada y afectada requiere, como primera medida, estimular y poner en valor la subjetividad de esa persona. Hay programas, sin embargo, que sin proponérselo, corren el riesgo de producir lo contrario de lo que buscan. Así, en lugar de fortalecer una persona favoreciendo la confianza en sí misma, promueven un compromiso tan incondicional con la propia voz interior que la persona queda atrapada en su subjetividad.

Estos son los casos en los que se idealiza la esfera de la realidad interior presentándola como infalible. Se considera que las emociones nunca mienten, las intuiciones nunca fallan, y los

entendimientos no nos traicionarán. La interioridad se convierte en punto de referencia para la autenticidad y la verdad. No se promueve su cuestionamiento y el precio que se paga por esta sobrevaloración de la propia subjetividad es que se convierte en un juez arbitrario que termina aislando a la persona y debilitando, profundamente, su autonomía. Un compromiso real con los procesos creativos reside en ponerlos al servicio no sólo de conectarnos con nuestra realidad interior, sino también de empezar a observarla y dialogar con ella. Es este diálogo creativo el que nos da mayor autonomía porque nos lleva más allá de la mera exploración al ayudarnos a convertirnos en observadores curiosos pero abiertos de nuestra riqueza interior. Muchos programas artísticos olvidan generar condiciones que ofrezcan la oportunidad de ayudar a no identificarse ciegamente con lo que se siente y piensa y a aprender a ser testigos serenos de las emociones en vez de sus esclavos.

4.3 La memoria

Oliver Sacks, médico neurólogo dice: *“Nosotros tenemos, todos y cada uno, una historia biográfica, una narración interna, cuya continuidad, cuyo sentido, es nuestra vida. Podría decirse que (...) esta narración es nosotros, nuestra identidad. (...) Para ser nosotros mismos hemos de tenernos a nosotros mismos, hemos de poseer y de reposar si es preciso, nuestras historias biográficas. Hemos de “recolectar” el drama interior, la narración, la nuestra, la de nosotros mismos. El individuo necesita esa narración para mantener su identidad, su yo”*.

3 Esta poética explicación ayuda a ubicar el lugar fundamental que ocupa la memoria en nuestras vidas como un ingrediente esencial en el proceso de definir y afirmar la identidad tanto para cada uno como para las comunidades.

Conociendo esto se comprende de qué modo, las actividades creativas pueden ser una herramienta poderosa al ponerse al servicio de la recuperación de la memoria. Cuando la memoria se ha fragmentado o perdido como resultado de situaciones dolorosas y extremas, los lenguajes simbólicos y los procesos creativos pueden dar acceso a la conexión con el pasado, y ser la punta del ovillo para que la identidad de esa persona o comunidad pueda empezar a recuperarse y desplegarse. Trabajar, tanto recuperando como nutriéndose de la memoria, puede abrirnos las puertas a zonas vedadas y ayudarnos a recordar quiénes éramos y somos y, a partir de allí, quienes podemos ser. Este tipo de procesos creativos pueden ser también un vehículo para recuperar costumbres que se han desvanecido, renovar tradiciones

que se han olvidado y despertar la dinámica cultural de una comunidad que se estaba esfumando.

A su vez, los procesos y actividades artísticas son ideales para facilitar la recuperación de la memoria, fortalecer la identidad y el sentido de pertenencia cultural y mantener vivas las tradiciones siempre que no se enfoquen exclusivamente en la nostalgia, la justicia, el orgullo, la venganza o el resentimiento. Estos sentimientos son a menudo pasajes obligatorios, principalmente cuando se trata de acontecimientos traumáticos y de una atroz injusticia. Pero, para ser realmente conducente el trabajo con la memoria, estos pasajes deben considerarse el primer paso en un largo camino.

El desafío aquí radica en evitar que en los procesos de recuperación de la memoria se instale una rigidez sobre su significado o un sometimiento a ella. Estos son los casos en los que las actividades artísticas no se abocan a promover la reconexión con los relatos históricos e interiores de los participantes reales sino a encajar sus relatos en una memoria colectiva estereotipada. Pareciera que lo que se busca es proteger y conservar una memoria funcional a una necesidad distinta de la de las identidades de los involucrados. La memoria así tratada, se convierte en un arma defensiva de los recuerdos y no en una vía de acceso a la identidad.

4.4 Visiones y valores

Existe una opinión generalizada de que las visiones y los valores compartidos son los elementos más unificadores para obtener cohesión social, porque fomentan el sentido de pertenencia y ayudan a navegar, colectivamente, hacia un futuro ya acordado. En este sentido, no hay duda de que las artes y los procesos de creación desempeñan un papel vital para abrir vías hacia las visiones y valores que una comunidad ya tiene. En la sociedad contemporánea, sin embargo, los retos asociados con las visiones y los valores son múltiples, y uno de los más comunes es que los proyectos artísticos y programas se enfocan en un aspecto único de la sociedad y dejan de lado todos los demás. Quisiéramos señalar dos riesgos que, por su frecuencia e impacto, merecen una reflexión particular.

El primer riesgo consiste en realizar actividades artísticas puramente afirmativas. Estas son las que se centran en fortalecer la adhesión de los miembros de una comunidad a un conjunto

enlatado de visiones y valores. Por ejemplo cuando se habla de solidaridad, justicia, integración, tolerancia o innovación sin cuestionar y preguntarse el verdadero significado de estos valores. El uso del término asume el acuerdo respecto de su significado, y que todo el mundo use la misma palabra se toma como la señal de que las interpretaciones son compartidas.

Sin embargo, constantemente vemos que en nuestras sociedades conviven nociones diametralmente opuestas frente a los mismos conceptos. Así, la noción de justicia se entiende como la presunción de inocencia o el derecho a la revancha. La tolerancia, como mirar hacia otro lado y aguantarse las diferencias o como una postura de respeto profundamente ética. La solidaridad, como compartir con los extraños o con el propio y exclusivo grupo. Y, el caso más desafiante es el de la integración. Hoy en día se utiliza prácticamente para todo, desde renunciar a la propia identidad para ser aceptado como un igual, hasta la coexistencia física pero sin ningún tipo de diálogo e intercambio de guetos de conocimiento, cultura o religión. Tanto la diversidad como la disociación en la que vivimos hoy hacen muy difícil hablar de visiones y valores compartidos como si fueran los mismos para todos. Sin embargo, casi todos los sectores y sociedades se refieren a estas visiones y valores como si fueran preexistentes pero olvidados y como si la tarea central consistiera en recordarlos. Muchos programas artísticos trabajan desde esta premisa. Si esta energía afirmativa es la única que se pone en juego el verdadero reto respecto de las visiones y valores se ha perdido. Y en lugar de ampliar y profundizar el diálogo entre las múltiples interpretaciones, todo lo que hacemos es pulir el propio monólogo.

El segundo riesgo se presenta cuando las actividades artísticas y procesos creativos se vuelven demasiado explícitos. Utilizar el lenguaje simbólico y metafórico es elegir un vehículo para llevar a cabo un descubrimiento de territorios ocultos y de imágenes profundas que tenemos del universo. Se trata de un viaje que nos lleva al reino de los arquetipos y de la trascendencia, es decir a esferas en las que la lógica y la razón no nos pueden guiar y donde tenemos que confiar en el poder de los símbolos. Es también un viaje en el que nos encontramos con las creencias fundamentales de una comunidad que han encarnado tanto que ya no somos conscientes de que son tan solo creencias.

Las actividades artísticas tienen el potencial de ayudarnos a tomar conciencia de estas visiones y las imágenes que están entre bastidores o subterráneas. Pero a menudo no lo hacen y como resultado, quedamos sintonizados en lo obvio y lo evidente de las visiones y valores. En consecuencia, la mayor oferta que tienen las actividades artísticas es abrir nuestra percepción y acceso a la comprensión de las imágenes más profundas. Este es un trabajo arduo y laborioso y a la vez la única perspectiva real de llegar algún día a un diálogo pacífico y vinculante entre las religiones, las culturas, los conocimientos y las interpretaciones. Si nuestros intercambios se apoyan sólo sobre lo explícito podemos igual llegar a acuerdos sobre las visiones y acordar valores que queremos promover. Sin embargo, en nuestra experiencia, un verdadero diálogo sólo comienza una vez que se interrumpe el intercambio de monólogos y se emprende un viaje compartido de descubrimiento de las profundidades de las creencias.

4.5 La integración

Por último, quisiéramos ampliar la reflexión en torno a la noción de integración ya que consideramos que representa el desafío por antonomasia de la era global. Para ello, en primer lugar queremos ofrecer una mirada desafiante acerca de una problemática candente de nuestro tiempo. Hoy, de un modo similar a como ocurrió en la edad media, millones de personas dejan atrás su vida conocida, sus raíces y comunidades en pos de alcanzar, en alguna “tierra prometida”, un bienestar económico, cultural o ideológico que no encuentran en su lugar de pertenencia. Mientras este desplazamiento de población mundial parece irrefrenable, las “tierras prometidas” aumentan las barreras de sus fronteras, construyen guetos físicos, conceptuales y administrativos cada vez más cerrados y traicionan vínculos históricos para establecer alianzas en función de la protección de sus paraísos. De hecho, muchos de los que igual logran atravesar estas barreras descubren que, del otro lado, también están y quedan confinados en el cuarto mundo mirando, ahora desde muy cerca, lo que nunca alcanzarán.

Con su vuelta a la ultraderecha, muchos países desarrollados están mostrando el terror que les produce este avance de extranjeros sobre sus tierras y culturas. En las campañas políticas de estos partidos la manifestación explícita (y ofensiva) de este pavor no resulta, para quienes los

votan, motivo de repulsión y rechazo sino todo lo contrario, una oferta de contención y protección. Países, tradicionalmente inclinados a acoger y proteger a los inmigrantes, votan y eligen autoridades que los rechazan abiertamente.

¿Qué es lo que está detrás de estos dos fenómenos: la diáspora y los guetos? En principio, cualquiera puede entender tanto el anhelo y empuje de salir a buscar una vida mejor, como el sentimiento de invasión que puede tener una comunidad cuando el porcentaje de extranjeros aumenta demasiado y demasiado rápido. Si redujéramos el fenómeno a una imagen simple, por ejemplo una vivienda y una familia, todos estaríamos de acuerdo en que hay un límite al número de gente nueva, incluso parientes, que pueden ir a vivir allí. Es un sentimiento lógico y humano. También podemos entender que los que están a la intemperie deseen la protección de esa vivienda e intenten ser integrados en ella. Pero, qué pasa si agregamos a esta imagen otra variable, por ejemplo que en esa vivienda hay agua potable, energía y recursos en abundancia, de hecho que allí consumen más del 75% de los recursos existentes. Es muy probable que si todos los países tuvieran el mismo nivel de vida, los desplazamientos tendrían otro volumen y también otras causas.

El dato que hace tan traumáticos estos fenómenos es el de que el planeta tierra no puede darse el lujo de que el nivel de vida compartido por todos los seres humanos sea el que ya han alcanzado los países más desarrollados. Al menos, por el momento, los recursos, simplemente no alcanzan y si lográramos, de algún modo, hacer que alcanzaran, con el modo actual de uso igual la capacidad de carga del planeta no soportaría las consecuencias de ese nivel de consumo y el descarte asociado a él.

Es posible que en el discurso cotidiano, estas dos posturas se sustenten en una cantidad y diversidad de otros argumentos específicos, verdaderos y complejos. Pero, también es posible que, en su base más profunda, los dos fenómenos estén vibrando con la misma interpretación de la realidad: los recursos que hay no alcanzan para todos. Entonces, cualquier noción de integración que no tenga en cuenta esta interpretación y no envuelva una profunda reflexión sobre su lógica conceptual, ética y pragmática, resultará incompleta, inadecuada y basada en paradigmas del pasado.

Las metas de traer a colación esta mirada desafiante fueron dos, sacudir las nociones simplificadas y edulcoradas de integración que se cuelan en discursos políticos, económicos y

sociales y poner en evidencia que, pensar la integración en nuestro siglo, no se puede hacer desde la mirada fragmentada y parcial de una cultura particular sino que debe hacerse desde una perspectiva global que, necesariamente, va a reclamarnos cambios profundos en muchos aspectos de nuestra vida.

En base a esta afirmación, entonces, tenemos una recomendación para quienes trabajan con el arte en la intervención social. Porque creemos que si bien es necesario y legítimo preguntarse si se puede, desde este campo, contribuir con procesos de integración, también es prudente no apurarse con la respuesta. Seguramente, muchas personas y organizaciones frente a la pregunta, responderían espontáneamente que sí y que pueden presentar un gran número de experiencias que les dan la razón. Es cierto que en la medida en que la naturaleza de nuestros malestares se relaciona con la disociación, la integración parece la respuesta perfecta para salir de ella y el lenguaje simbólico un modo idóneo de propiciarla. Sin embargo, proponemos que los proyectos y programas en el campo del arte y la intervención social pueden beneficiarse y beneficiarnos a todos al no responder con demasiada rapidez a la pregunta, manteniendo una mirada alerta y crítica sobre las ambivalencias y ambigüedades que presenta hoy día la noción de integración. Presentamos dos razones particulares para nuestra recomendación.

La primera es que una de las características fundamentales de la época es que los marcos políticos, sociales, religiosos y culturales están perdiendo su poder de convocatoria y la disociación es el principal testimonio de la disolución que sufren estos marcos. La pregunta entonces es: ¿Integración en torno a qué? Detengámonos, por un momento, en el significado, según la RAE, de la palabra integración: *integrar: constituir un todo, completar un todo con las partes que faltaban, hacer que alguien o algo pase a formar parte de un todo, aunar, fusionar dos o más conceptos, corrientes, etc., divergentes entre sí, en una sola que las sintetice*. Como podemos ver, la noción plantea, en la mayoría de sus definiciones, no sólo una idea de unidad que contrasta fuertemente con la experiencia cultural, social, política, económica, religiosa o étnica, de la mayoría de nosotros, sino también la idea de un todo que existe o puede existir.

¿Y qué es este todo? ¿Quién lo define? Creemos que cuando se trata de la integración social, una de las tareas más importantes de los involucrados es desenmascarar los intentos de

homogeneización y de la instalación de una “igualdad” que nivela en una sola dirección y no tolera la diferencia. Pensamos que encontrar y desarrollar marcos de referencia para la convivencia en el siglo XXI es un esfuerzo que aún está por hacerse y que alcanzar un estado de integración acorde a nuestro mundo actual será una conquista que implicará un nuevo estado de conciencia.

La segunda razón está asociada a la primera pero se enfoca en la idea de que nuestra época es un entretiempos donde las realidades existentes han comenzado a desaparecer mientras que las próximas aún no han emergido. Entonces, aquellos que reclaman haberse integrado, ¿en función de qué realidad lo han hecho? Podría ocurrir que descubran que se han integrado en los marcos que se están diluyendo.

Está probado ya que los proyectos y programas artísticos sí son capaces de facilitar la incorporación individual y colectiva en los sistemas y órdenes existentes, muchos de ellos de valor probado y capacidad de transformación. Pero, quizás, su mayor oferta es que representan un campo y un lenguaje idóneo para contribuir con la generación de nuevos marcos y por ello con el desarrollo de una noción de integración que esté, realmente, a la altura de los desafíos y las oportunidades de nuestro tiempo.

Notas al pie

1. La referencia en este párrafo a “los que trabajan desde la perspectiva del arte y la transformación social” merece dos aclaraciones. La primera es que el universo de profesionales que en su intervención social y/o terapéutica, utilizan el arte y sus lenguajes es muy diverso: arteterapeutas, psicólogos, artistas, pedagogos, sociólogos, médicos, asistentes sociales, animadores culturales, etc. A su vez, las funciones asociadas a estas intervenciones abarcan un gran número de temáticas como la participación, la inclusión social, la salud física o psíquica, el empoderamiento, la expresión de la propia identidad, etc. La segunda aclaración es que no todos estos profesionales, ni todos los campos de trabajo y aplicaciones reciben esta mirada crítica acerca del riesgo de poner el arte al servicio de la transformación social como una transformación digitada. Sin embargo, el llamado a abocarse a este debate y aportar sus reflexiones, experiencias y resultados es para todos los vinculados con la temática.
2. Consideramos que la noción de transformación social tal como se la utiliza y concibe en las últimas décadas está todavía en debate y desarrollo. Esto no quiere decir que en el mundo y, desde luego, en España, no exista un número muy importante de experiencias relacionadas con la temática así como organizaciones, instituciones, empresas sociales, universidades y redes trabajando y generando aprendizaje, entendimiento y conocimiento al respecto. La referencia a la identificación de criterios y parámetros entonces es una invitación al desarrollo de una aún mayor conceptualización acerca de cómo trabajar para la transformación social.
3. Sacks, Oliver (2004) *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Barcelona: Anagrama.

Bibliografía

Arte, Intervención y Acción Social (2011)

Editorial Grupo 5

Ángeles Carnacea Cruz – Ana lozano Cámara (coordinadoras)

Capítulo II Maneras de ver la realidad social a través del prisma de la creatividad

Autores: Carmen Olaechea y Georg Engeli

Balán, Eduardo (sin fecha) *Arte y Transformación Social*. Buenos Aires:

http://www.artetransformador.net/sitio/images/biblio/arte_y_transformacion_social_eduardo_balan.pdf

Bohm, David y Peat, David, (2003) *Ciencia, orden y creatividad, las raíces creativas de la ciencia y la vida*. Barcelona: Kairós.

Castoriadis, Cornelius (2000) *La exigencia revolucionaria, capítulo: Transformación social y creación cultural*. Madrid: Acuarela.

Engeli, Georg y Olaechea, Carmen (2007) *Arte y Transformación Social. Saberes y prácticas de Crear Vale la Pena*. Buenos Aires: Crear Vale la Pena.

Holmes, Brian, (2006) *El dispositivo artístico, o la articulación de enunciaciones colectivas*. Brumaria 7: arte, máquinas, trabajo inmaterial.

<http://www.brumaria.net/textos/Brumaria7/12brianholmes.htm>

Red Latinoamericana de Arte para la transformación social (2002) *Arte y Transformación social, 15 proposiciones para el debate*.

http://www.artetransformador.net/sitio/images/biblio/15_proposiciones_arte_y_transformacion_social_para_el_debate.pdf

Roitter, Mario, (2009) *Prácticas Intelectuales Académicas y Extra-Académicas sobre Arte Transformador: Algunas Certezas y Ciertos Dilemas*. Buenos Aires:

http://www.artetransformador.net/sitio/images/biblio/arte_y_transform_social_mario_roitter.pdf

Sacks, Oliver (2004) *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Barcelona: Anagrama.

Piñón, Francisco José (editor), **Getino Octavio** (coordinador), varios autores (2010) *Indicadores culturales 2009, Cultura, inclusión y transformación social*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Tres de Febrero,

Wilber, Ken, (2003) *Breve historia de todas las cosas*, Barcelona: Kairós.